

CRISIS Y PORVENIR DE LAS HUMANIDADES EN LA UNIVERSIDAD ACTUAL

David Mejía Velilla

Summary: CRISIS AND FUTURE OF THE HUMANITIES IN THE UNIVERSITY OF TODAY. Colombia is currently afflicted by a deep moral crisis as a result of a sustained neglect of the highest moral, legal and religious standards and laws. The worst crisis suffered builds upon the language. **Not only because** falsehood reigns **but also because** knowledge appears ever more distant **from the truth**. High education institutions are responsible for abandoning the **teaching** of the humanities. The humanities civilized barbarians and without then civilized people quickly **fell** into barbarism.

Overcoming the crisis **requires** the restoration of the sciences of the spirit, the formation of the habits of reading as well as writing and the consolidation of articulate dialogue and conversation in the student. It is thus urgent to go back to the classics. **In this manner**, the human being will be spiritually replenished according to its high moral and intellectual standing. This is precisely the basic work of the university.

Key words: Classics. Moral crisis. Crisis in the Humanities. Crisis of the language. Teaching of the Humanities. Humanities. Integral humanism. University.

Résumé: CRISE ET AVENIR DES HUMANITÉS DANS L'UNIVERSITÉ ACTUELLE. La Colombie se trouve dans une crise **morale** et profonde, due à l'**abandon** des plus grandes lois morales, juridiques et religieuses. La pire crise dont elle souffre est celle du langage, non seulement **parce qu'on est tombé** dans le mensonge, mais dans l'**erreur**; on s'est éloigné de la connaissance de la vérité. Et c'est l'**institution** universitaire qui en est responsable, pour avoir abandonné l'enseignement des humanités. Si c'est avec les humanités que les **barbares** se sont civilisés, il en est de **même** des civilisés qui, sans elles, se sont barbarisés. Surmonter la crise exige la restauration des sciences de l'**esprit**; il faut former l'**étudiant** universitaire dans l'amour à la lecture, l'écriture, le dialogue et la conversation; en **définitive**, pour ce faire, un retour aux classiques s'**impose**. De cette manière, on sauverait l'**homme lui-même** dans son être intégral, et dans sa dimension **morale** et intellectuelle. Voilà la tâche qui incombe à l'Université.

Mots-clefs: Classiques. Crise morale. Crise des humanités. Crise du langage. Enseignement des humanités. Humanisme intégral. Université.

Nada que me honre más, y me comprometa, que decir estas breves palabras que sólo pretenden aumentar un poco el interés de tan distinguido y exclusivo auditorio en tomo al tema de la universidad colombiana, y dentro del ciclo sobre la investigación de las circunstancias socioeconómicas que incidieron, en la última década, en nuestro país.

Este Centro de Estudios Colombianos, que integramos intelectuales miembros del Partido Conservador Colombiano, es un acápite universitario, es una institución al servicio de la educación superior en nuestra nación. Y por lo mismo, resulta lugar muy apropiado para detenernos un rato en consideraciones, que por lo demás a todos nos resultan familiares, acerca del tema propio de la institución universitaria, en su núcleo existencial, vale decir, en la enseñanza de las humanidades.

Es claro que no me refiero aquí al tema de la formación de los comúnmente llamados humanistas, que son muy pocos, por cierto. Esa condición excelsa, sabemos que se ha dado muy escasamente en la humanidad. Más aún, yo diría que el concepto, así asumido, viene a aparecer sobre todo durante el Renacimiento, y se identifica con tres ejemplares maravillosos y entre sí contemporáneos y enlazados por amistad profunda, en la Europa renacentista. Me refiero a Tomás Moro, a Erasmo de Rotterdam y a Pico Della Mirandola, esos hombres que sintetizaron concepciones universalistas, tanto del hombre como del mundo conocido en la época, y de la historia, del arte literario y, especialmente, de la política, esa ciencia aristotélica por excelencia.

No, no me voy a referir a eso hoy. En ese sentido, yo considero que la universidad no forma a los humanistas, sino que son éstos, precisamente, quienes deben formar a la universidad. Más aún, sabemos que la universidad es hija de ese humanismo así considerado: pero que los humanistas la crearon no sólo como centro permanente de investigación y progreso sapiencial, sino sobre todo para formar integralmente en el humanismo a todos sus miembros, comenzando por los jóvenes aspirantes a la educación superior. Vale decir que, a mi juicio, uno es el modo de adquisición y posesión del humanismo de los humanistas propiamente dichos, y otro es el programa o manera de ese mismo humanismo, en cuanto con él se pretende —o se pretendía, para que seamos más precisos— formar a todo hombre, no sólo ya al heredero de la sabiduría de los sabios, sino aun a los talentos medios, que suelen ser la mayoría de los aspirantes a discípulos de los sabios, fuesen éstos; científicos de la naturaleza, artistas o técnicos. Es uno mismo el humanismo, pero en tanto a los maestros se les ha dado natural y culturalmente por vocación exclusiva, a los demás hombres se les ha dado como puerta y camino para adquirir su perfección moral dentro del grado de vida intelectual que les pueda corresponder en igualdad de oportunidades.

Y es a esa crisis en una tal formación en la vida colombiana actual, a la que aludo hoy y no a otra presunta, de carencia de humanistas en las cátedras.

Espero de este modo haber allanado el camino para la comprensión de mi inquietud que, por lo demás, es la inquietud de todo colombiano de bien que se ocupe del tema.

Colombia está en crisis moral profunda y afectada en todos sus estamentos por las consecuencias, en extremo perniciosas, del abandono de las más altas leyes morales y jurídicas, base espiritual y objetiva de toda civilización digna de ser considerada integralmente humana.

Hemos advertido —aunque un poco tarde— la existencia de esa crisis, pero tal vez aún nos falta conocer sus causas más profundas, para poner el dedo en la llaga de la terrible enfermedad, y lograr el remedio en su núcleo.

La crisis que dentro de esa descomposición nacional corresponde a la institución universitaria —y digo más, la parte que afecta a la educación colombiana vista en su totalidad—, pienso que se ha desprendido del abandono de la enseñanza de las humanidades en los distintos grados de la instrucción escolarizada.

Esto es, hemos venido registrando, con mucha preocupación y no poco dolor, el abandono de la enseñanza de las humanidades en todos los niveles de la educación, tanto oficial como particular.

Ustedes seguramente están informados de la simplificación —quiero llamar así, por no deponer mi optimismo, a lo que realmente fue una supresión— de los programas de enseñanza de la historia patria en la primaria y en el bachillerato. No puedo decir que si se hubiera prescindido del estudio de la historia de América y de la historia universal, lo sentiría menos: pero también se han omitido las respectivas asignaturas en la formación intelectual de los niños y de los jóvenes.

De mucho tiempo atrás, la Academia Colombiana de Historia, inútilmente hasta ahora, ha conversado acerca del tema con los sucesivos ministros de educación.

Lo ha hecho no sólo por amor a la materia que le ha infundido su propio ser desde su creación, sino por el grave e imperativo deber que le señala la ley que le dio origen, y que la nombró asistente o consultora del Estado colombiano en la investigación, difusión, enseñanza y cultivo de la historia patria. Y alguna vez, sus representantes en esta gestión han obtenido promesa de que se llenará ese vacío inmenso.

Pero a mí me parece que la Academia, ya a estas alturas, ha podido comprender que ese buen fruto que sería una reforma que atemperara esta crisis en la enseñanza de las humanidades, no se dará por ahora en el ámbito estatal.

Entre otras razones, sabemos que las crisis de las humanidades se identifican con las crisis de la moral, y en estos tiempos de alta corrupción de los fines del Estado, lo menos que podríamos esperar de quienes lo manejan es eso de restaurar las ciencias del espíritu.

Pienso —y ya desde ahora anticipo una conclusión— que la protesta, junto con la solución, habrá de venir por acción conjunta de los varios estamentos sociales de orden e iniciativa particular, tales como las mismas universidades y colegios, los demás centros culturales y los mismos grupos políticos que inspiran las acciones de gobiernos y legislaturas; como también de las personas singulares interesadas directamente en el tema, como los intelectuales y los hombres de academia.

Y ESTO DE LA HISTORIA ES SÓLO UN EJEMPLO

Pensemos que, también en otros géneros, el pensamiento de los colombianos se ha empobrecido *sobremano*, o no ha avanzado, lo cual es otra manera de empobrecerse, en campos filosóficos, literarios, éticos y aun teológicos y jurídicos.

Y enflaquecido su pensamiento, no es de esperar que alienten y estimulen los frutos de nuestra preocupación intelectual a las generaciones que apenas se levantan y reciben su primera formación, o que sus mayores les despierten un interés del que ellos mismos carecen, y menos aún que les transmitan una información que a ellos mismos les permanece oculta.

Y esto lo anoto sin detenerme a considerar que la carencia de formación humanística incide hondamente en la conducta humana, ocasionando extravíos muchas veces irreparables.

LA ENSEÑANZA DE LAS HUMANIDADES COMIENZA EN LA NIÑEZ

O debe comenzar en ese período, quiero decir. La enseñanza de las primeras letras, hoy por hoy, está, en las ciudades, encomendada a jardines infantiles. Es allí donde comienzan los niños a distinguir las letras. La formación intelectual, de esta manera, *se* ha convertido en altamente precoz. Seguramente *se* trata de un buen suceso.

PERO LA PRIMERA FORMACIÓN TIENE AÚN OTROS MOLDEADORES MÁS PODEROSOS

Me refiero a los medios de comunicación. Me refiero sobre todo a la televisión. Los nuevos colombianos, en su preparación intelectual, son muy hijos de la televisión y de las revistas o magazines técnicos o marcadamente frívolos. El pensamiento de los nuevos colombianos ha sido afectado por el caos intelectual de los medios de comunicación o, mejor dicho, para ser más justos, por el caos intelectual de tantos de los que manejan esos medios, en la parte que se dirige a la gente más joven y, por lo mismo, de

sentido crítico menos agudo y desarrollado, y de inteligencia menos exigente.

Era Tomás de Aquino - el tardío y más excelso discípulo de Aristóteles— quien pedía a Dios, al comenzar a estudiar: «**Dame** la penetración para comprender, la capacidad de retener, la manera y facilidad para estudiar, la sutileza para interpretar, y una gracia abundante para hablar».

LA PEOR CRISIS, A MI JUICIO: LA DEL LENGUAJE

La llamo peor, sencillamente porque, si el lenguaje está en crisis, es ésa la más grave señal de que los contenidos pueden estar en crisis. Alguien decía qué, cuando los pueblos y los hombres se alejan de la verdad, su lenguaje se vuelve cada vez más confuso. No olvidemos el «*ex abundantia cordis...*» del Evangelio.

Y esa confusión del lenguaje, entonces, nos está señalando que muy probablemente nos estamos alejando de la verdad. Y tal vez no sólo porque hayamos caído en la mentira, sino, además, porque nos habremos sumido *en* el error y en la ignorancia, «la doble oscuridad» *en* la cual hemos nacido, según el mismo peregrino de Fosanova.

Apartamiento de la verdad es igual a grave error; y alejamiento o destierro de la verdad es igual a ignorancia. Y temamos aún más cuando ignorancia y error se asocian.

Yo no sé —he de confesarlo— por dónde irán los cauces de la enseñanza idiomática actual, en los grados inferiores de educación. Pero sí conozco sus frutos, en quienes llegan de esos grados a la universidad y acceden a la educación superior con muy penoso y pobre bagaje gramatical y ortográfico, y sin mucho cultivo de su propio estilo comunicativo, oral y escrito. Habría que programar muchas horas, en cada año lectivo de

los cursos inferiores, destinadas a la lectura de los clásicos y al estudio y al ejercicio de la gramática y de las raíces ortográficas. Pero habría que preverlas primero que todo en los planes de capacitación de quienes se encargan de impartir la instrucción a niños y adolescentes y de vigilar que sea bien aprovechada.

Apesadumbra seguir el discurso, por ejemplo, de algunos jóvenes, y a veces no tan jóvenes parlamentarios... y seguir el discurso de otros jóvenes —y a veces tampoco tan jóvenes— ejecutivos... y a veces aún mayormente deprimente nos resulta seguir los relatos de algunos comunicadores, cuando se dirigen a la teleaudiencia o a la radioaudiencia, o cuando escriben sus crónicas y las publican. Y apesadumbra, porque aquellas inteligencias no están asistidas por la fuerza del orden mental, ni por la elocuencia de la corrección sintáctica y gramatical, ni por la belleza o la amenidad del estilo.

Impresiona negativamente seguir con sentido crítico el texto de algunas cartas que recibimos, que nos llevan a comprobar de qué manera parece haberse suprimido del todo en la formación intelectual el conocimiento, cultivo y cuidado del estilo epistolar; el respeto por lo que se escribe y la consideración debida a quien se escribe.

Estos vacíos pueden haber sido causados por el abandono de una cierta formación literaria desde el hogar. A los niños quizás no se les enseña ya, y por lo mismo ellos no llegan a aprenderlo, en ese lugar sagrado que es la escuela natural hogareña, la importancia de adquirir los hábitos de la lectura, de la escritura, del diálogo y de la conversación, y más especialmente de la lectura de las obras del genio y del ingenio que constituyen el patrimonio más valioso de la cultura humana. En las obras de los clásicos, la humanidad ha encontrado siempre, y encontrará siempre, el contenido de las ciencias humanísticas, vale decir, del legado cultural generacional. Y había un modo, y tiene que ha-

ber también hoy un modo, de entregarlas desde la niñez a los hombres. Todos los hombres de todos los tiempos se han familiarizado con los personajes y los ejemplos que una generación ha ido comunicando y entregando a otra con su profundo y sabio pensamiento. Eso es lo que se ha llamado tradición —del latín «*tradere*», que significa entregar—, eso es lo que las generaciones sucesivamente han entregado a sus renuevos y a sus relevos: eso es, y no otra cosa, lo que se llama cultura, el máspreciado patrimonio humano.

Y menciono el vacío que en estos campos crea la marginación de la tradición formativa cultural de los hogares, sencillamente porque si ellos no entregan el fundamento cultural a los niños, no habrá hoy quien lo haga, pues los planes oficiales de enseñanza ya no contemplan esa formación fundamental literaria y hondamente humana, y a lo sumo en los años del bachillerato los muchachos leen alguna obra de un Premio Nóbel, y alguna otra recomendada por el éxito de librería en esta sociedad literaria de consumo, sociedad cultural de consumo, manipulada por los intereses del lucro personal.

Y en las conversaciones sucede otro tanto: la pobreza intelectual y moral suele ser el denominador común de las pláticas entre la juventud. Bastaría, por otra parte, mirar ligeramente los textos de las músicas con que se divierten nuestros adolescentes hoy para darnos cuenta del pozo de la banalidad donde abreven sus espíritus.

Pero como contradiciendo nuestro análisis pesimista, apreciamos que, más o menos inevitablemente, gracias a Dios, cuando los jóvenes hablan, se advierte en sus intervenciones, porque aflora, la agudeza de ingenio con que siempre la naturaleza se ha servido dotar a los seres humanos: el talento natural. Ocurre no obstante que, en el caso, ciertamente, ese ingenio no ha sido cultivado mediante el aprendizaje de las ciencias y de las prácticas propias del buen amor, de la buena amistad, del buen pensamiento y de la buena elocuencia.

Juntamente con la comprobación de estos fallos y lagunas, viene la tristeza que nos causa echar de menos, en la formación de los nuevos colombianos- e n cuanto a programas educativos se refiere—, la enseñanza de la urbanidad y de la cívica, compañeras inseparables también del buen amor, del buen humor y del buen sabor humano. **Se** cumple a la letra la observación de José Restrepo Jaramillo, el inolvidable novelista jericano, en su obra *David hijo de Palestina*: la vulgaridad es el castigo para quienes no **pu**dieron aprender filosofía.

PERO VAYAMOS AL TEMA EN LA UNIVERSIDAD

Por suerte, la vocación de autodidacta sigue acompañándonos, pues la universidad actual ofrece muy pocas oportunidades para este cultivo humanístico, cuando no se trata de programas o carreras directamente filosóficos, literarios, lingüísticos o históricos.

Los verdaderos humanistas quizás no son fruto de las universidades: más bien éstas nacen de sus afanes y de su dedicación de **maestros**. Por eso estas instituciones, en su estado normal de funcionamiento, pueden y deben atraer, como a su casa, a verdaderos maestros del espíritu.

Toda carrera universitaria, **pi**enso yo —y digo más: todo estudio o programa universitario—, tendría **q**ue poseer, al mismo tiempo que un contenido científico-práctico, un valor humanístico.

Toda formación universitaria humanística, **ob**servo yo, **exige** y debe **encontrar base sólida**, en una **sindéresis** bien desarrollada, desde la formación humanística previa, adquirida en la escuela primaria y en la secundaria.

Los que semestre a semestre recibimos y examinamos candidatos al ingreso a la universidad comprobamos que estos jóvenes vienen, en muchos casos, sin la adecuada preparación para asimilar en medida gratificante las riquezas que ofrece una verdadera educación superior, y esta circunstancia no es ajena a la carencia del hábito de pensar, considerar y discurrir: destituidos de formación intelectual en la lógica y en la prudencia, sin los mínimos rudimentos de la filosofía, y con muy pocos de la gramática y la literatura, la maduración de su juicio y la formación de su criterio se hallan sumamente retardadas, si no impedidas por la incidencia del error y la ignorancia.

Y ese vacío, que imposibilita su **identificación** posterior con la exigencia universitaria, no puede ser llenado **ni** suplido por la universidad actual, ni lo era por la de ayer, **ni** siquiera cuando se programaban y hacían aquellos cursos que llamábamos estudios generales, pues a la universidad deben llegar candidatos idóneos, y la mayor idoneidad debe estar en poseer una vida intelectual al menos incipiente.-

La universidad por sí misma debe ser, ha de ser, la casa del pensamiento humanístico.

La institución, nacida en el siglo XII, en Salemo y en Bolonia; y vigorizada en el XIII, en París y en Oxford; y difundida en el XIV, en Salamanca y Coimbra, apareció como una especie de **resonancia** tardía de lo que **tantos** siglos atrás **habían** sido los **grupos** estudiosos de las ciencias del espíritu y de la sociedad, que se **empe**zaban a conformar mediante el aliento y el impulso que les daban los grandes maestros del pensamiento: los presocráticos, los sabios de Grecia, y Sócrates, Platón y Aristóteles, **l**o **primeros** en sus escuelas, al modo de Pitágoras; Sócrates **en las calles** de Atenas, Platón **en el Jardín** de Academus, y Aristóteles en su Lyceo, donde **en**sayaba y consagraba su enseñanza peripatética,

en aquel jardín, apto para pasear mientras se oía reflexionar al Maestro en voz alta.

Así nació la universidad, con esa sencillez tan espontánea y natural: como siglos antes habían nacido las escuelas cristianas de los monjes fundadores de la escuela de primeras y de segundas letras, las academias de Bizancio, y un poco antes las escuelas de Roma, donde se formaban los juristas y los filósofos; y otro poco después, los grupos que estudiaban la teología alrededor de maestros como san Atanasio, san Agustín y san Ambrosio, y la escuela irlandesa civil del Erígena: escuelas de canto y de contemplación, de razonamiento y de ejercicio constante, público y privado, de la virtud, para las que Boecio había diseñado su *trivium* y su *cuadrivium*. Algo muy semejante a lo que se hacía en tiempos precolombinos, en la llamada «Casa del canto», en el México ilustrado de los Moctezumas, como en página muy hermosa nos lo contaba Miguel Ángel Asturias, recogiendo informaciones de fray Bernardino de Sahagún, y de otros cronistas de Indias.

Entre nosotros no se podrá decir hoy con verdad que la universidad sigue más o menos esa tradición, de ser el lugar donde más hondamente se forma el espíritu.

Para mi gusto y en mi apreciación —lo he dicho tantas veces—, la más excelsa de nuestras universidades fue la Expedición Botánica de Mutis, y fue el sabio Mutis mentor, por excelencia, de la mejor manera de educación superior colombiana, que nos habrá de conducir tarde o temprano al logro magnífico de la unidad del conocimiento.

En el pensamiento y en la acción de Mutis, las ciencias naturales, las matemáticas, las jurídicas, las filosóficas y aun la misma teología, se encauzaban hacia la única y vigorosa formación en la educación superior del hombre americano. Fue él, y no el gran Martí, quien por vez primera llamó a nuestra tierra «Nuestra América».

Pero fue la formación humanística la que alentó, sobre todo otro fin utilitarista, las universidades coloniales y la prerrepública de Moreno y Escandón; fue humanística la de José Félix de Restrepo, llevada a la práctica mediante decretos del vicepresidente Santander. Y después, la universidad diseñada en los planes del ministro Ospina Rodríguez, en tiempos de la presidencia de Herrán; y la universidad que en 1867 organizaría la ley como Universidad Nacional, siguiendo la inspiración de don José María Samper, autor del proyecto, ejecutada por Santos Acosta, durante el lapso de su golpe de estado, y reformada en 1880 por el presidente Núñez: todas ellas fueron humanísticas por esencia y tuvieron a su servicio a los grandes humanistas liberales y conservadores, santanderistas y bolivaristas, godos y criollos de entonces. Fue allí donde comenzó esa tradición, ya perdida en parte, de que nada había más honroso para un sabio, para un intelectual, para un erudito, para un maestro, que ser parte de la universidad, estudiar con sus alumnos y darlos a la luz del saber. En esa casa del saber se unieron en el amor de las letras y del conocimiento, pero sobre todo en el amor de su difusión entre la juventud, y dieron batallas académicas juntos, don Manuel Ancizar y don Miguel Antonio Caro, don Miguel Samper y don Carlos Martínez Silva, y tantos otros próceres de nuestra cultura patria.

El pensamiento de occidente logró su unidad en tomo a la enseñanza de las humanidades en la universidad, respetando la diversificación ideológica: nadie, ni católico ni protestante ni judío, dudó jamás de la necesidad de la filosofía y de la teología, de las bellas artes y de la literatura, del derecho y de la ética, para cultivar científicamente los espíritus y abrirles los cauces de su trascendencia.

No obstante, una cierta universidad actual, no sé si querida por el ICFES —no, lo puedo creer—; una cierta universidad de nuestros días,

casa no ya del pensamiento sino de la nuda técnica, no ya de la ciencia del espíritu y de la vida sino de la ciencia y de la técnica del nudo desarrollo material, no digamos que ha hecho la **fragmentación** intelectual del hombre: sencillamente ha cercenado de esa intelectualidad las ciencias del espíritu.

Son los valores del espíritu los que parecerían no haber encontrado lugar natural en esa cierta concepción actual de la educación superior. Los valores éticos y morales, jurídicos y religiosos; los nutrientes de la más alta sabiduría humana: éstos son los que han sido retirados mediante la supresión de la formación humanística escolar y universitaria.

Desde la universidad así concebida, de años muy atrás, fue de donde pasó a las escuelas primarias y secundarias ese plan educativo, pseudocientifista y pseudofilosófico, que ha dado a la postre vida a un ciudadano colombiano ajeno o muy marginado de la lucha por la adquisición de los valores espirituales y humanísticos.

Fue de las facultades de educación de esa universidad alterada de donde salieron los mentores y malformadores de la Colombia olvidada de sí misma, ignorante de su ser histórico y espiritual.

LA BARBARIZACIÓN DE OCCIDENTE

Pienso que no es aventurado decir que los fundamentos de la civilización de Occidente estuvieron puestos en la filosofía griega y en el derecho romano, nada ajenos a la difusión e implantación del Evangelio. Así los bárbaros se civilizaron: con las humanidades. Y sin esos modelos antiguos, los civilizados se barbarizarán.

Y no quisiera incurrir en la crueldad de remitirlos a ustedes a la contemplación de tantas

instituciones colombianas, actualmente barbarizadas, que claman por ser recivilizadas.

Sócrates enseñaba las humanidades en las calles a los niños atenienses.

Ulpiano y Papiniano, Salvio Juliano y Modestino, sacaban tiempo de sus ocupaciones forenses, para difundir en los mismos foros la enseñanza humanística entre los adolescentes romanos.

San Agustín también lo hizo, desde que ocupó la cátedra de retórica heredada de Hortensio, y por el resto de sus días.

Y san Ambrosio, en las escuelas de Milán. Y Boecio en las de Pavía. Y san Anselmo en las palatinas.

Y si diéramos un repaso al itinerario de la universidad en la historia, desde la cátedra del maestro Graciano, en el balcón de la plaza de Bolonia, hasta nuestros días, pasando por la universidad de Alberto de Colonia, Buenaventura de Salerno y Tomás de Aquino, en París; la de Juan Duns Escoto y Rogerio Bacon, en Oxford; la de Francisco Suárez, en Coirnbra; y la de Francisco de Vitoria, en Salamanca; la de los Humboldt, la de los Potier, la de Andrés Bello; y, entre nosotros, la que oyó las enseñanzas de Castillo y Rada y de Ezequiel Rojas, de José Ignacio de Márquez y de Santiago Arroyo; de Camilo Torres y de Liborio Mejía; de los hermanos Miguel y José María Samper, de Manuel Ancizar y de Miguel Antonio Caro, de José María Madieto y de Santiago Pérez, de Pedro Justo Berrío y de Marceliano Vélez; y en nuestro siglo, la universidad de Rafael María Carrasquilla y la de Luis López de Mesa, la de Germán Arciniegas y la de Félix Henao Botero, la de Gerardo Molina y la de Luis Duque Gómez; la de Tulio Enrique Tascón y la de Miguel Moreno Jaramillo; el Colegio Mayor del Rosario, donde alternaban clases de filosofía del derecho Darío Echandía y José María Villarreal; el Externado de Diego Mendoza Pérez y Fernando Hinestroza; la Bolivariana de

Cayetano y Belisario Betancur, de Otto Morales, Abel Naranjo y Carlos Mario Londoño, de Jaime Bustamante Ferrer y Samuel Barrientos Restrepo; la Universidad de Antioquia, que es la de Miguel María Calle, de Lucrecio Jaramillo, de don Fernando Vélez, de Emilio Robledo; la Escuela de Minas, del sabio Tulio Ospina y de geniales ingenieros y de artistas como Alejandro López, Luis y Otto de Greiff, Pedro Nel Gómez y el formidable escritor Efe Gómez: todos maestros humanistas, todas universidades que condujeron a la ciencia por el camino de las humanidades. Era la universidad colombiana, una y única, rica en su pluralismo ideológico, y con la misma identidad del amor a las humanidades. Era, en una sola frase, la universidad formadora de hombres.

¿HABRÁ SIDO LA DEL NOVENTA UNA DÉCADA BÁRBARA?

Esta década de los años noventa, más que decadente, en estos campos ha sido bárbara. Ha sido la década de la soledad de la academia, de la transformación bárbara de la educación oficialmente dirigida desde el Estado: la década del llamado apagón de las luces, más de las del espíritu que de las artificiales de la noche.

Y sin embargo, hay en ella, en la década de los noventa, un afán común de restauración de los valores, como no lo había habido hasta ahora. Pienso, en este sentido, que cien años después de aquella gran Regeneración de Núñez y de Caro, centrada en el ordenamiento jurídico

fundamental de la nación, y en el reordenamiento de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, ha renacido una especie de movimiento regeneracionista en torno al resurgimiento de las fuerzas espirituales e intelectuales del hombre colombiano.

La juventud que hoy como nunca, más que nunca quizás, se aplica al estudio, a la investigación de carácter técnico y matemático y científico, que desde los primeros cursos de la educación primaria aprende a dominar los secretos de la informática, que tal vez le sirvió de recreación desde el jardín infantil: esa juventud, quizás sin darse mucha cuenta, añora llegar al país de las humanidades, que para ella es el país de lo desconocido, que entrevé al advertir insaciado o quizás frustrado su apetito natural de profundización.

Esto lo palpamos quienes pasamos los días junto a ellos —los jóvenes—, y dirigimos sus investigaciones sobre el ser nacional, sobre las disciplinas del espíritu, y los vemos tan inermes, tan pobres de bagaje y de luces primigenias, tan sin puntos de partida.

UN LUGAR PARA EL PORVENIR

Queridos colegas: ha llegado la hora del rescate del hombre mismo, en su ser integral, en su estatura moral e intelectual. Y esa es obra, primordialmente, de la Universidad y, con ella, habrá de ser obra nuestra. ■

